

LOS BENEFICIOS DE UNA PIEDAD TEMPRANA

Sermón No.11

Traducción, estudialapalabra.org

*“Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud”
Eclesiastés 12,1*

La amabilidad de la religión en sí misma, y las innumerables ventajas que se derivan de ella para la sociedad en general, así como para cada profesante sincero en particular, no pueden sino recomendarla a la elección de toda persona considerada y hacer que, incluso los hombres malvados, como desean morir la muerte, en sus intervalos más sobrios, envidien la vida de los justos. Y, en verdad, debemos hacer tanta justicia al mundo como para confesar que la cuestión de la religión no suele surgir de una disputa sobre si es necesaria o no (pues la mayoría de los hombres ven la necesidad de hacer algo por la salvación de sus almas), sino cuando es el mejor momento para hacerlo. Las personas están convencidas por la experiencia universal, que los primeros ensayos o esfuerzos hacia el logro de la religión, están acompañados de algunas dificultades y problemas, y, por lo tanto, de buen grado aplazarían el comienzo de un trabajo tan aparentemente desagradecido, tanto como puedan. El pródigo lascivo, que gasta sus bienes en una vida desenfrenada, clama, un poco más de placer, un poco más de sensualidad, y entonces estaré sobrio de verdad. El mundano codicioso, que emplea todo su cuidado y esfuerzo en “amontonar riquezas, aunque no puede decir quién las recogerá”, no se jacta de que esto será suficiente para siempre; sino que espera con el rico insensato en el evangelio, acumular bienes para algunos años más en la tierra, y luego comenzará a acumular tesoros en el cielo. Y, en fin, así es como la mayoría de la gente se convence de la necesidad de ser religioso en algún momento u otro; pero luego, como Félix, posponen la actuación de acuerdo con sus convicciones, hasta, lo que imaginan, una época más conveniente, mientras que, si fuéramos tan humildes como para guiarnos por la experiencia y el consejo de los hombres más sabios, deben aprender que la juventud es la época más adecuada para la religión; “Acuérdate ahora de tu creador, (dice Salomón) en los días de tu juventud.” Por la palabra recordar, no debemos entender un mero recuerdo especulativo, o una llamada a la mente (pues eso, como una fe muerta, no nos beneficiará en nada), sino un recuerdo tal que nos obligará a obedecer y nos obligará por gratitud, para hacer todo lo que el Señor nuestro Dios requiera de nosotros.

Porque, así como el olvidar a Dios en el lenguaje de las Escrituras implica un total descuido de nuestro deber, de igual manera recordarlo significa un cumplimiento perfecto del mismo, de modo que, cuando Salomón dice, "Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, es lo mismo que si hubiera dicho, guardad los mandamientos de Dios; o, en otras palabras, sé religioso en los días de tu juventud, lo que implica que la juventud es la época más apropiada para ello.

En el siguiente discurso, primero, me esforzaré por cumplir la proposición del sabio, implícita en las palabras del texto, y por mostrar que la juventud es la época más adecuada para la religión.

En segundo lugar, a modo de motivo, consideraré las muchas ventajas indescriptibles que surgirán de "acordarnos de nuestro Creador en los días de nuestra juventud". Y,

En tercer lugar, concluiré con una o dos palabras de exhortación a la parte más joven de esta audiencia.

1. Primero, debo cumplir la proposición del sabio, implícita en las palabras del texto, y mostrar que la juventud es la época más adecuada para la religión, "Acuérdate ahora de tu Creador en los días de tu juventud". Pero para proceder más claramente en este argumento, puede que no sea impropio, primero, explicar lo que quiero decir con la palabra religión. Por este término, entonces, no se entendería que me refiero a una mera profesión externa o a nombrar el nombre de Cristo; porque se nos dice, que muchos que aun profetizaron en su nombre, y en su nombre echaron fuera demonios, no obstante serán rechazados por él en el día postrero, ni yo lo entendería, siendo apenas admitido en la iglesia de Cristo por el bautismo; pues Simón el Mago, Arrio y los heresiarcas [herejías, tal vez archi-herejías] de antaño, podrían pasar por personas religiosas; porque estos fueron bautizados, ni tampoco el recibir el otro sello del pacto, porque entonces el mismo Judas podría ser canonizado por santo; ni de hecho me refiero a ninguno o todos estos juntos, considerados por sí mismos; sino un cambio de naturaleza completo, real e interior, forjado en nosotros por las poderosas operaciones del Espíritu Santo, transmitido y alimentado en nuestros corazones, por un uso constante de todos los medios de gracia, evidenciado por una buena vida, y trayendo los frutos del espíritu.

Alcanzar esta verdadera religión interior es un trabajo de tanta dificultad, que Nicodemo, un erudito doctor y maestro en Israel, pensó que era del todo imposible, y por lo tanto ignorantemente preguntó a nuestro bendito Señor, "¿Cómo puede ser esto?" Y, en verdad, para rectificar una naturaleza desordenada, para mortificar nuestras pasiones corruptas, para convertir las tinieblas en luz, para despojarnos del hombre viejo y revestirnos del nuevo, y así tener la imagen de Dios reimprimida en el alma, o, en una palabra, "nacer de nuevo", por muy ligero que algunos lo consideren, debe, después de todos nuestros esfuerzos, ser reconocido por el hombre como imposible.

Es verdad, de hecho, se dice que el yugo de Cristo es un yugo fácil o de gracia, y su carga ligera; pero entonces es sólo para aquellos a quienes se ha concedido la gracia de llevarla y soportarla. Porque, como observa el sabio hijo de Sirac, "Al principio la sabiduría caminó con sus hijos por caminos torcidos, y los infundió miedo, y los atormentó con su disciplina, y no se volvió para consolarlos y regocijarlos, hasta que los ha probado y comprobaron su juicio". No, no debemos jactarnos de que caminaremos por los caminos placenteros de la sabiduría, a menos que primero nos sometamos a muchas dificultades. El nacimiento espiritual va acompañado de sus dolores, así como el natural, porque los que lo han experimentado (y sólo ellos son los jueces apropiados) pueden hacernos saber que en todas las cosas que son estimadas a la naturaleza corrupta, debemos negarnos a nosotros mismos, no sea que, después de todo, cuando llegemos al nacimiento, nos falte fuerza para dar a luz.

Pero si estas cosas son así; si hay dificultades y angustias en nuestro renacer; si tenemos que negarnos a nosotros mismos, ¿qué estación más apropiada que la de la juventud? Cuando, si alguna vez, nuestros cuerpos son robustos y vigorosos, y nuestras mentes activas y valientes; y, en consecuencia, estamos entonces mejor capacitados para soportar la dureza, como buenos soldados de Jesucristo.

Encontramos, en asuntos seculares, que la gente comúnmente observa este método y envía a sus hijos al extranjero entre los trabajos y fatigas de los negocios, en sus años más jóvenes, sabiendo también que entonces son los más aptos para soportarlos. ¿Y por qué no actúan con la misma coherencia en el gran asunto de la religión? Porque, como nos ha dicho nuestro Salvador, "Los hijos de este mundo son más sabios en su generación que los hijos de la luz".

Pero, en segundo lugar, si la religión pura y sin mancha consiste en la renovación de nuestras naturalezas corruptas, entonces no es sólo una obra de dificultad, sino, la perfección de ella, del tiempo. Y si este es el caso, entonces a cada uno le concierne mucho ponerse a tiempo y "desempeñar su trabajo mientras es de día, antes que llegue la noche, cuando nadie puede trabajar".

Si pudiéramos, en verdad, vivir hasta la era de Matusalén, y tuviéramos muy pocos asuntos en los que ocuparnos, entonces seríamos más excusables, si no hiciéramos otro uso de este mundo que el que muchos hacen, tomar nuestro pasatiempo en él, pero como nuestras vidas son tan cortas, y estamos llamados a trabajar nuestra salvación con temor y temblor, no nos queda lugar para tonterías, no sea que seamos arrebatados mientras nuestras lámparas están sin preparar, y no estamos en absoluto preparados para encontrar al Novio.

¿Conocíamos a un amigo o vecino que tenía que hacer un largo viaje de suma importancia y, sin embargo, se pasaba todo el día ocioso, sin salir hasta que el sol estaba a punto de ponerse, entonces no podíamos sino compadecernos y condenar su locura atroz? Y, sin embargo, es de temer que la mayoría de los hombres sean así de necios; tienen que emprender un largo viaje, es más, un viaje a la eternidad, un viaje de infinita importancia, y que están obligados a emprender antes de que el sol de su vida natural se haya ido, y, sin embargo, holgazanean el tiempo que se les ha asignado para realizar su viaje, hasta que la enfermedad o la muerte los sorprende; y luego claman, "¿Qué haremos para heredar la vida eterna?"

2. Pero dejando a los tales a la misericordia de Dios en Cristo, que puede llamar en la hora undécima, paso a la segunda cosa general propuesta, Para mostrar los beneficios que surgirán de acordarnos de nuestro Creador en los días de nuestra juventud; lo cual puede servir como tantos motivos para encender y animar a todas las personas inmediatamente a emprenderlo.

Y el primer beneficio que resulta de ello es que traerá la mayor honra y gloria a Dios.

Esto, supongo, lo concederá toda persona seria, debe ser el punto en el que deben centrarse nuestras acciones; porque para este fin nacimos, y para este fin fuimos redimidos por la sangre preciosa de Jesucristo, para promover la gloria eterna de Dios. Y como la gloria de Dios es más avanzada al prestar obediencia a sus preceptos, los que más pronto comienzan a andar en sus caminos, actúan más para su gloria. La objeción común contra las leyes divinas en general, y las doctrinas del evangelio en particular, es que no son practicables; que son contrarios a la carne y la sangre; y que todos esos preceptos concernientes a la abnegación, la renuncia y la muerte al mundo, no son más que restricciones arbitrarias impuestas a la naturaleza humana, pero cuando vemos a meros jóvenes no sólo practicando, sino deleitándose en tales deberes religiosos, y en los días de su juventud, cuando, si alguna vez, tienen gusto por los placeres sensuales, sometiendo y despreciando los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida; esto, esto agrada a Dios; esto reivindica su honra herida; esto muestra que su servicio es perfecta libertad, "que su yugo es fácil y ligera su carga".

Pero, en segundo lugar, como una piedad temprana redundará más en el honor de Dios, así nos traerá más honor a nosotros mismos, porque aquellos que honran a Dios, Dios los honrará. Encontramos, por lo tanto, comentado para alabanza de Abdías, que sirvió al Señor desde su juventud; de Samuel, que de joven se paró delante de Dios en un efod de lino; de Timoteo, que desde niño había conocido las Sagradas Escrituras, de San Juan, que fue el discípulo más joven y amado; y del mismo bendito Señor, que a los doce años subió al templo, y se sentó entre los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas.

En tercer lugar, una piedad temprana nos dará menos consuelo que el honor, no sólo porque nos hace habituales la religión, sino también porque nos da una seguridad fundada en la sinceridad de nuestra profesión. ¿No había otro argumento en contra del arrepentimiento en el lecho de muerte, sino la insatisfacción y la ansiedad de tal estado, que debería ser suficiente para disuadir a todas las personas pensantes de aplazar el asunto más importante de su vida a un período tan terrible de ella? Porque suponiendo que un hombre sea sincero en su profesión de arrepentimiento en el lecho de muerte (lo cual, en la mayoría de los casos, es muy dudoso), sin embargo, a menudo teme que sus convicciones y remordimientos no provengan de un verdadero dolor por el pecado, sino como un miedo servil al castigo. Pero uno, que es un santo joven, no debe temer tal perplejidad; sabe que ama a Dios por sí mismo, y no se siente atraído por el temor de un mal inminente; no declina las gratificaciones de los sentidos, porque ya no puede "oír la voz de los hombres que cantan y de las mujeres que cantan"; pero voluntariamente toma su cruz y sigue a su bendito Maestro en su juventud, y por lo tanto tiene razón para esperar una mayor confianza de su sinceridad hacia Dios. Pero, además, así como una piedad temprana asegura al corazón su sinceridad, así también trae consigo su recompensa presente, al hacer que la religión y sus deberes sean habituales y fáciles. Un joven santo, si se lo preguntarais, os contaría con alegría el increíble consuelo de empezar a ser religiosos a tiempo, por su parte, no sabe lo que los hombres quieren decir cuando hablan de mortificación, de abnegación y de retiro, como deberes duros y rigurosos; porque se ha acostumbrado tanto a ellos, que, por la gracia de Dios, ahora se han vuelto incluso naturales, y se complace infinitamente más en practicar los preceptos más severos del Evangelio, que un rico Epulón en una cama de lujo, o un Amán ambicioso en un banquete real. ¡Y qué feliz debe ser ese joven, cuyo deber se ha convertido en una segunda naturaleza, y para quien esas cosas, que parecen terribles a otros, se vuelven fáciles y deleitosas!

Pero la mayor ventaja de una piedad temprana todavía está atrás. En cuarto lugar, radica en la mejor provisión de consuelo y apoyo en el momento en que más lo necesitemos, a saber, todos los tiempos de nuestra tribulación, y en particular, contra el tiempo de la vejez, la hora de la muerte y el día del juicio.

Este es el argumento del que se vale el sabio en las palabras que siguen inmediatamente al texto, "Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento". Observad, el tiempo de la vejez, es un tiempo malo, años en que no hay placer, y preguntad a los que envejecen, y os lo dirán. Seguramente, entonces, los cordiales deben ser sumamente apropiados para sostener nuestros espíritus decaídos, y, oh, ¡qué cordial es comparable al recuerdo de la piedad temprana, dependiendo totalmente de la justicia de Cristo!

Cuando los ojos, como los de Isaac, se oscurecen con la edad; cuando "los guardas de la casa, las manos, temblarán", mientras el sabio continúa describiendo las enfermedades de la vejez; cuando "los hombres fuertes se encorvan", o las piernas se debilitan; y los que muelen: los dientes, dejarán de hacer su debido oficio, porque son pocos; que una persona entonces escuche la lectura de los preceptos del evangelio, y sea capaz de poner su mano sobre su corazón, y decir sinceramente, a pesar de la conciencia de innumerables defectos, "Todo esto me he esforzado, a través de gracia, para guardar desde mi juventud", "Esto debe darle, por medio de Cristo que todo lo hace, un consuelo que no tengo palabras para expresar ni pensamientos para concebir. Pero, suponiendo que fuera posible para nosotros escapar de los inconvenientes de la vejez, aun así la muerte es una deuda, desde la caída, todos debemos pagar; y, lo que es peor, generalmente viene acompañado de circunstancias tan terribles, que hará temblar incluso a un Félix. Pero en cuanto a los piadosos, que han sido capacitados para servir al Señor desde su juventud, no suele ser así con ellos; no, tienen la fe que les ha sido dada para mirar a la muerte, no como un rey de los terrores, sino como un mensajero bienvenido, que ha venido para conducirlos a su deseado hogar. Han esperado todos los días de su tiempo señalado, y ha sido el negocio de toda su vida estudiar para prepararse para la llegada de su gran cambio; y, por tanto, se alegran al saber que son llamadas a encontrarse con el Esposo celestial. Así muere el piadoso temprano, cuyo "camino ha sido como la luz resplandeciente, que brilla más y más hasta el día perfecto". Pero síganlo más allá de la tumba, y vean con qué santo triunfo entra en el gozo de su Maestro; con qué humilde audacia se encuentra ante el temible tribunal de Jesucristo; y ¿puedes entonces dejar de clamar, "Muera yo la muerte de los justos, y que mi último fin, y mi estado futuro, sean como los suyos"?

3. ¿Necesito entonces, después de haber demostrado tantos beneficios que se derivan de una piedad temprana, usar más argumentos para persuadir a la parte más joven de esta audiencia, a la que, en tercer y último lugar, me dirijo a "recordar a su Creador en los días de su juventud? ¿Qué! ¿No prevalecerán todos los argumentos que he mencionado con ellos para dejar sus cáscaras y volver a casa a comer del becerro cebado? ¿Qué! ¿Retribuirán así el amor de nuestro Salvador? ¿Que esté lejos de ellos! ¿Bajó y derramó Su preciosa sangre para librarlos del poder del pecado, y, gastarán su fuerza y vigor juveniles en el servicio de ella, y luego pensarán en servir a Cristo, cuando ya no puedan seguir sus deseos? ¿Es apropiado que muchos, que están dotados de excelentes dones, y por lo tanto están calificados para ser apoyos y ornamentos de nuestra iglesia que se hundan en olvidando al Dios que los dio, y los empleen en cosas que no beneficiarán? ¿Por qué no se levantarán y, como tantos Fineas, no serán celosos del Señor de los Ejércitos? Indudable, cuando la muerte los sorprenda, desearán haberlo hecho, ¿y qué les impide, sino que comiencen ahora? ¿Piensas que alguien se ha arrepentido alguna vez de haber comenzado a ser religioso demasiado pronto? Pero, ¿cuántos, por el contrario, se han arrepentido de haber comenzado cuando era casi demasiado tarde?

¿No podemos imaginarnos bien que el joven Samuel ahora se regocija de haber esperado tan pronto en el tabernáculo del Señor? ¿O el joven Timoteo, que desde niño conocía las Sagradas Escrituras? Y si deseáis ser partícipes de su alegría, permíteme persuadirte a ser partícipe de su piedad.

Todavía podría seguir llenando mi boca con argumentos; pero las circunstancias y la piedad de aquellos entre quienes ahora estoy predicando "el reino de Dios", me recuerdan cambiar mi estilo; y, en lugar de instar a más disuasivos del pecado, llenaré lo que queda de este discurso, con estímulos para perseverar en la santidad.

Bendito, por siempre bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, no me dirijo a personas inflamadas de concupiscencias juveniles, sino a una multitud de jóvenes profesantes, que reuniéndose con frecuencia y formándose en sociedades religiosas, son, espero en buen terreno, en camino para ser del número de esos "jóvenes, que han vencido al maligno".

Créanme, me alegra el alma ver tantos de sus rostros mirando hacia el cielo, y los visibles efectos felices de su unión, no pueden sino alegrar los corazones de todos los cristianos sinceros y obligarlos a desearles buena suerte en el nombre del Señor. Las muchas almas que se alimentan semanalmente con el cuerpo espiritual y la sangre de Jesucristo, por vuestro medio; las conferencias semanales y mensuales que son predicadas por sus contribuciones; el incienso diario de acción de gracias y oración que se eleva públicamente al trono de la gracia por vuestras membresías; los muchos niños que son educados "en la disciplina y amonestación del Señor", por vuestras obras de caridad; y, por último, el encomiable y piadoso celo que desempeñáis en promover y alentar la salmodia divina, son pruebas tan claras y evidentes del provecho de vuestras sociedades religiosas, que exigen público reconocimiento de alabanza y acción de gracias a nuestro bendito Maestro, que ha no sólo puso en vuestros corazones tan buenos designios, sino que también os capacitó para llevarlos a cabo con buenos resultados.

Es cierto que se ha objetado, "Que los jóvenes se formen en sociedades religiosas, tiene una tendencia a hacerlos espiritualmente orgullosos, y a pensar más alto de sí mismos de lo que deberían pensar". Y, tal vez, la conducta imprudente e imperiosa de algunos novicios en religión, que, "aunque salían de vosotros, no eran de vosotros", haya dado demasiado motivo para tal difamación. Pero vosotros, hermanos, no habéis aprendido esto de Cristo. Lejos, lejos esté de vosotros consideraros a vosotros mismos como justos y despreciar a los demás, porque os reunís con frecuencia. No, esto, en vez de engendrar orgullo, debe engendrar un santo temor en vuestros corazones, no sea que vuestra práctica no corresponda con vuestra profesión, y que, después de haber beneficiado y edificado a otros, vosotros mismos os convirtáis en desechados.

La mentalidad mundana, hermanos míos, es otra roca contra la cual corremos el peligro de dividirnos. Porque, si otros pecados han matado a sus miles de cristianos profesantes, esto ha matado a sus diez mil. No necesito apelar a épocas pasadas; su propia experiencia, sin duda, le ha brindado muchos ejemplos infelices de jóvenes que, "después (como uno hubiera imaginado) de haber escapado de las contaminaciones que hay en el mundo a causa de la concupiscencia," y "habiendo gustado la buena palabra de la vida", y soportar durante un tiempo, mientras estaba bajo la tutela e inspección de otros; sin embargo, cuando han llegado a ser sus propios amos, por falta de fe y por un fervor demasiado grande en "trabajar por la comida que perece", han desechado su primer amor, se han enredado de nuevo con el mundo y "volvió como el perro a su vómito, y como la puerca lavada, a revolcarse en el lodo".

Por lo tanto, hermanos míos, harían bien en recordarse con frecuencia esta peligrosa trampa, y exhortarse unos a otros a comenzar, proseguir y terminar su guerra cristiana, en una completa renuncia al mundo y a los deseos mundanos; para que, cuando la Providencia os obligue a proveer para vosotros y los de vuestras respectivas casas, podáis continuar caminando por fe, y todavía "buscar primero el reino de Dios y su justicia", sin dudar, sino que todo lo demás, basado en vuestra honesta labor y esfuerzos, os será añadido.

Y ahora, ¿qué diré más? Hablarles a ustedes, padres, que han estado en Cristo tantos años antes que yo, y conocen la malignidad de la mentalidad mundana y el orgullo en la vida espiritual, sería completamente innecesario. A vosotros, pues, jóvenes, (por los que estoy angustiado, por los que temo tanto como por mí mismo), me dirijo una vez más, con las palabras del discípulo amado, "Mirad por vosotros mismos, que no perdamos las cosas que hemos hecho, sino que reciban una recompensa completa". Estad siempre atentos, pues, a las palabras que nos han dicho los apóstoles del Señor y Salvador, "Procurad con diligencia hacer firme vuestra vocación y elección. Mirad, no sea que también vosotros, siendo descarriados por el error de los impíos, caigáis de vuestra propia firmeza. El que piensa estar firme, mire que no caiga. No seas altivo, sino temeroso". Pero estamos persuadidos de mejores cosas vosotros, y cosas que acompañan a la salvación, aunque así hablemos. "Porque Dios no es injusto, para olvidar vuestras obras y labor de amor. Y deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma diligencia, con plena certidumbre de esperanza hasta el fin; que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas." Es verdad, tenemos muchas dificultades que enfrentar, muchos enemigos poderosos que vencer, antes de que podamos tomar posesión de la tierra prometida, tenemos un demonio astuto y un mundo acechador, y, sobre todo, la traición de nuestros propios corazones, para resistir y luchar contra esta. "Porque derecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida eterna." Pero ¿por qué hemos de temer, si el que está con nosotros es mucho más poderoso que todos los que están contra nosotros? ¿No hemos experimentado ya su poder todopoderoso, al permitirnos vencer algunas dificultades que parecían tan insuperables entonces, como aquellas con las que luchamos ahora?

¿Y él, que nos libró de las garras de esos osos y leones, ¿no puede preservarnos también de ser heridos por el más fuerte Goliat?

“Así que, hermanos míos, sed firmes, sed constantes”. No se “avergüencen del evangelio de Cristo, porque es poder de Dios para salvación”. No temas al hombre; no temáis los desprecios y vituperios con los que debéis encontraros en el camino del deber; porque uno de vosotros perseguirá a mil; y dos de vosotros pondrán en fuga a diez mil de vuestros enemigos. Y si te contentas, por la gracia, con sufrir un poco de tiempo aquí; digo la verdad en Cristo, no miento; entonces podéis esperar, según la bendita palabra de la promesa, que seréis exaltados para sentaros con el Hijo del Hombre, cuando venga en la gloria de su Padre, con sus santos ángeles, al juicio venidero. Que Dios Todopoderoso dé a cada uno de nosotros tal medida de su gracia, que no seamos del número de los que retroceden para perdición, sino de los que creen y perseveran hasta el fin, para salvación de nuestras almas, por nuestro Señor Jesucristo.

Que Dios, de su infinita misericordia, misericordia concedida por Jesucristo nuestro Señor, a quien con el Padre y el Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios, sean atribuidos, como es muy debido, todo honor y alabanza, poder, majestad y dominio, ahora y por siempre. Amén.